



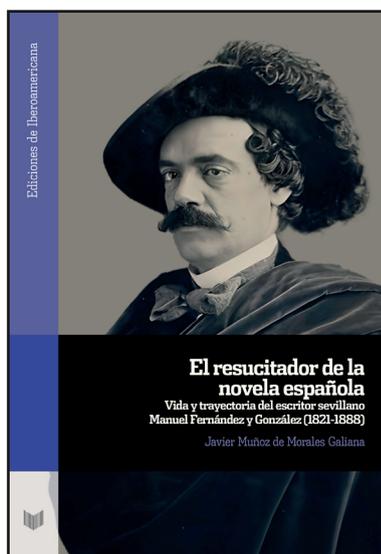
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 31 (2025)

Javier MUÑOZ DE MORALES GALIANA (2024), *El resucitador de la novela española. Vida y trayectoria del escritor sevillano Manuel Fernández y González (1821-1888)*, Madrid, Iberoamericana (Ediciones de Iberoamericana, 153), 263 pp.



Con frecuencia, el éxito comercial y el aprecio de la crítica no han ido de la mano. Es más, no ha sido extraño el empleo de la recepción comercial como argumento crítico para poner en cuestión la calidad de determinadas obras y artistas a lo largo de la historia. En el contexto de la literatura decimonónica peninsular, el legado de Manuel Fernández y González puede considerarse como un caso representativo de este tipo de prejuicios y simplismos maniqueos. El escritor sevillano, aun a pesar de haber gozado en su época del respaldo de figuras de la talla de Benito Pérez Galdós y Vicente Blasco Ibáñez, quienes lo consideraban como un talento comparable al de Alejandro Dumas, terminó cayendo en el olvido. El aplauso de lucrativas publicaciones durante cerca de cuarenta años, con el pasar del tiempo se transformó en un enconado fastidio, de cuya vengativa hostilidad no se recuperó su memoria literaria. Para la defenestración del escritor, poco importó el hecho de que su prodigalidad fuera más la consecuencia de una necesidad de supervivencia frente a un mercado nacional colapsado por traducciones y un contexto editorial volátil, que cualquier pretensión de aventurismo oportunista carente de talento. Las claves contextuales que hubo de navegar desaparecieron con su muerte, consolidando con ello el estigma. Fernández y González fue arrojado del panteón que le había sido prometido en

aquellos años de laureles apresurados, con la misma violencia con la que los detractores de la literatura de folletín la arrojaron al confin de la subliteratura.

Por fortuna, este tipo de juicios sumarios y sin matizaciones ha sido apelado en los últimos años por críticos notables como María Teresa del Préstamo Landín, Jorge Avilés Diz o Marieta Cantos Casenave. A esta nómina debemos añadir el nombre de Javier Muñoz de Morales Galiana, quien, desde el ángulo de la novela histórica o de aventuras ha venido proporcionando nuevos ángulos de interpretación de la novelística del autor sevillano a través de más de una decena de trabajos destacados (artículos, ponencias, prólogos a ediciones críticas) en los últimos cinco años. En el contexto de su producción investigadora, *El resucitador de antaño* se nos presenta casi como un cierre de ciclo, como una suerte de síntesis o corolario de un largo viaje por la reconsideración de Fernández y González dentro del canon literario del XIX español.

Ya desde su extensión, poco más de doscientas páginas, *El resucitador de antaño* apunta hacia una voluntad más panorámica que exhaustiva. Es desde esta óptica que considero que debemos entender la propuesta que nos ocupa. Con este libro, el autor no se propone el reto de abarcar, evaluar y analizar de manera pormenorizada la abrumadora producción novelística de Fernández y González (para lo cual sería necesario todo un nutrido grupo de investigación y una ambiciosa serie en numerosos volúmenes). El objetivo del trabajo aquí reseñado se circunscribe, a mi juicio, a un entorno mucho más pragmático y operativo, ya que se limita a proporcionar una revisión de la producción narrativa en prensa del autor, fijando cronologías hasta ahora difusas y avanzando un catálogo de obras más definitivo, basado en pruebas documentales y no en azarosas menciones repetidas por inercia. Probablemente, el mayor mérito de este estudio radica en la labor de limpieza de datos emprendida por el investigador.

El libro se organiza en veintinueve capítulos breves, precedidos de un prólogo y seguidos por un epílogo y tres documentos inéditos. La decisión de optar por secciones cortas beneficia al ritmo de lectura, pues dinamiza el discurso. Más allá de la organización en una serie de capítulos, puede detectarse una macroestructura implícita en tres bloques. Prólogo y primer capítulo funcionan como una primera sección coherente, pues funcionan como un vestíbulo contextual en el que se explora la relación íntima que existe entre el carácter de la producción de Fernández y González y la industria editorial y libresca del XIX español. Del capítulo dos al capítulo veintidós, se desarrolla, de una manera prioritariamente cronológica, el núcleo del volumen. Es ahí donde Muñoz de Morales Galiana fija los principales hitos de publicación del escritor sevillano, con especial atención al vínculo emprendido entre este y los editores de las principales revistas y periódicos con los que colaboró. Finalmente, los capítulos veintitrés a veintinueve funcionan como una suerte de cierre crítico, en el que se atienden claves generales, como son las posibles influencias de Fernández y González, las etapas de su producción en relación con los subgéneros novelísticos de la época y la filiación ideológica del escritor. El volumen concluye con un veredicto tentativo sobre el lugar que merece el legado del escritor en el contexto del XIX.

Como he mencionado anteriormente, el rigor documental y el ritmo ágil proporcionado por los breves capítulos que conforman en libro suponen dos de las virtudes inmediatamente reconocibles del libro. Sin embargo, existen muchos más méritos en este trabajo. Además de corregir datos erróneos puntuales a partir de la consulta exhaustiva de archivos físicos y digitales y de proveer un magnífico recurso para entender la evolución de Fernández y González, *El resucitador de la novela* supone una plataforma directa y efectiva para acceder capítulos concretos de la historia cultural de la industria del libro y las revistas literarias del XIX español. Aun cuando los datos empleados preceden de obras

ampliamente reconocibles para el lector especializado en la literatura peninsular del XIX (Jean-François Botrel, Jesús Martínez Martí, Elisa Martí-López), Muñoz de Morales Galiana hace gala de una admirable capacidad para simultáneamente proveer una visión panorámica sintética del contexto y entroncar todas estas claves en el devenir literario de Manuel Fernández y González.

Por momentos, *El resucitador de la novela* pareciera apuntar hacia una novela coral al modo galdosiano, en el que entran y salen los singulares personajes de la bohemia literaria del XIX español (Benito Hortelano, José Zamora y Miguel de Benavides, José Gaspar Maristany, su hermano Fernando, José Roig, Miguel Guijarro, Urbano Manini, entre otros). Con el novelista andaluz como eje, desfilan figuras mercedoras de mayor recuerdo, fundadores y directores de editoriales y revistas que posibilitaron un espacio para el desarrollo de la literatura española. El trabajo de Muñoz de Morales Galiana tiene además el valor de abarcar diálogos trasatlánticos con México (especialmente en el capítulo seis, dedicado a Ignacio Cumplido), ayudando con ello a superar cierta tendencia a analizar las tradiciones literarias, a uno u otro lado del Atlántico, como compartimentos estancos. La rescatada polémica contra la Real Academia Española añade un capítulo más al complejo carácter público del escritor (pp. 107-112). Si a todo ello se suma el estilo llano y elocuente del investigador, no debe sorprender que este estudio consiga incluso trascender a una audiencia específica solo interesada en la faceta novelística del escritor sevillano.

Uno de los mayores alicientes de *El resucitador de la novela española* reside en el modo en que apunta hacia distintas direcciones e intereses inesperados, abriendo el apetito por conocer más sobre un escritor cuyo legado hasta hace poco se estimaba obsoleto. Yo mismo, como investigador del fantástico peninsular, he aprendido mucho gracias a la lectura de este volumen, pues este me ha permitido reevaluar obras de la literatura no mimética de Fernández y González que, en un determinado momento de mi investigación, inexplicablemente no tuve suficientemente en cuenta. Junto a las obras con elementos de adivinación ya comentadas por Préstamo Landín (*El laurel de los siete siglos* y *El condestable don Álvaro de Luna*), el estudio de Muñoz de Morales Galiana disemina pistas de lo fantástico en un amplio corpus, dentro del cual cabe mencionar las recreaciones de *El don Juan Tenorio* y de *Don Luis de Mañana*, obras del ciclo morisco y fabuloso como *Las siete noches de la Alhambra*, comedias de magia como *La infanta Oriana* y *Don Luis Osorio*, dos novelas centrales en el éxito del novelista andaluz como *Amparo* y *Luisa*, y sobre todo la novela en clave sobrenatural de *El collar del diablo*. A todas ellas cabría añadir muchas más que merecerían una revisión, como *Magdalena*, *Historia de un esqueleto*, *La maldición de Dios* (que según entiendo fue concebida como continuación de *El don Juan Tenorio*), *La novia de la fantasma*, *Amor de monja*, *La dama de noche*, *Los enemigos del alma*, *El rey del mundo* o *Una historia inverosímil*. El ángulo de lo fantástico me sirve aquí como ejemplo de las direcciones de interés que alberga este trabajo. Aun cuando el estudio de Muñoz de Morales Galiana no se propone el análisis de obras específicas (y desde luego no se aventura hacia un análisis de la ficción no mimética), es lo suficientemente abarcador para apuntar datos de interés y nuevos ángulos de exploración para cualquier investigador interesado por los rumbos estéticos del XIX español.

Todos los aspectos comentados hacen del libro una experiencia fructífera y útil. Con todo, no todo en este trabajo resulta perfecto (¿acaso algo podría serlo?). Hay aspectos concretos en los que un reajuste o un matiz podrían haber definido mejor o elevado el proyecto. Por ejemplo, desde el subtítulo, el volumen promete una exploración de *la [v]ida y la obra del escritor sevillano Manuel Fernández y González*. Sin embargo, desde la orientación generalista y documental ya anotada previamente, el volumen no se ocupa

en satisfacer dicha expectativa. Desconcierta, en un libro en el que desfilan tantos personajes históricos, que el autor protagonista termine permaneciendo en la sombra, casi oscurecido por los personajes restantes. Sí, se nos apuntan algunos datos de una juventud atrabiliaria en la milicia; se nos habla del impacto de episodios de ceguera recurrente a partir de 1861. Sin embargo, extrañamente, de la lectura de este trabajo no resulta una comprensión mucho más profunda de quién fue el autor, cuáles fueron sus preocupaciones y qué forma tomaron estos aspectos en su producción. Si bien la inclusión de datos biográficos le hubiera servido para ampliar el conocimiento del lector no especializado sobre la figura del novelista, lo fundamental es que el libro insinúa una promesa que en ningún momento parece desear cumplir. La inclusión de un capítulo dedicado a su posición ideológica constituye una nueva oportunidad perdida en este sentido, pues de nuevo se queda en la superficie, en cuanto el autor dijo, sin cuestionar cuánto de ello derivaba de su *performance* como persona pública.

El deambular por revistas o editoriales tampoco termina en proveer una visión clara de la obra del autor, pues presenta los datos en una indiferenciada continuidad, donde no entran en juego niveles de importancia. Como consecuencia de ello, resulta difícil entender sobre qué textos concretos debería operarse una reconsideración del legado de Fernández y González en el canon literario. Por momentos, el volumen cae una cierta unidimensionalidad que no contribuye necesariamente a revalorar al escritor; más bien lo representa en términos de prodigalidad productiva en el tiempo, no afina con decisión un censo inapelable de obras que merezcan el recuerdo.

Buena parte del libro semeja resentirse de dos cargas: la abrumadora tarea de compendiar el corpus narrativo de Fernández y González y la autoimpuesta obligación de ceder la voz discursiva a una continua cadena de fuentes referenciadas. Esto es visible en el momento en que el prólogo cede la palabra al capítulo inicial, donde el estilo de escritura cambia de manera abrupta. En lugar de seguir la elocuente y amena voz de Muñoz de Morales Galiana, el libro concede la palabra a una serie de citas, que no siempre mueven el discurso de una manera fluida. Este ventriloquismo, habitual en la retórica académica, por supuesto tiene su sentido en una obra cuyo objetivo es el de fijar referentes de investigación futuras, pero a mi forma de ver, termina haciendo de peso muerto en una obra que demostró su potencial de ser mucho más ágil desde el comienzo.

Pese al ritmo dinámico de los capítulos y el valor inherente al trabajo, se echa en falta que el investigador no se haya atrevido a organizar su proyecto en torno a una propuesta personal algo más arriesgada. Para el académico acostumbrado a una organización jerárquica desde una tesis claramente individual, la orientación documental y erudita del volumen puede resultar chocante porque no declara una posición autorial firme; es decir, no se aventura a intentar convencer a la audiencia sobre una interpretación concreta, sino que se limita a rescatar y exponer datos, todos ellos útiles como ingredientes de un proyecto venidero, pero con un limitado valor autosuficiente. La presunción inherente a esta línea de investigación asume que los datos hablan por sí mismos. Sin embargo, sin una voz firme que guíe tales datos hacia una dirección interpretativa nueva, el proyecto resultante se queda un poco a la mitad de una reivindicación firme, puesto que renuncia a hacerlo con voz propia. *El resucitador de la novela española* termina resonando (sin serlo del todo) a esas tesis doctorales frecuentes en el contexto hispano que discurren en un horizonte de exhaustividad descriptiva, no argumentativa (y conste que quien esto escribe no ha sido ajeno a este pecado en años formativos). En último término es lástima que se haya obviado una formulación de tesis, porque, con algo más de energía argumentativa, el trabajo magnífico del investigador sería sencillamente inapelable.

Dicha limitación es especialmente visible en una de las secciones extrañamente más débiles del libro, el capítulo 29 donde se enjuicia el lugar que merece la obra de Fernández y González en el contexto de la literatura española del XIX. El tono dubitativo del investigador vuelve a delegar aquí una vez más en la autoridad de otros, como si se descreyera en su capacidad para establecer un juicio firme. En lugar de ofrecernos un clímax, el libro pareciera desinflarse hacia su tramo final, cansado de su propia ambición de prolijidad. Cabría esperarse una convicción mayor a la hora de demostrar el valor que merece la trayectoria novelística del escritor en cuestión. La vaguedad en este capítulo, además, contrasta sobremanera con el vigor con el que Muñoz de Morales Galiana planteaba su posición en un artículo previo, recientemente publicado en *Philologia Hispalensis* («La narrativa de Manuel Fernández y González frente al canon literario», vol. XXXVIII, nº 2, 2024, pp. 183-197). Un texto con ese mismo carisma hubiera sido mucho más efectivo como cierre del libro.

Otra reserva surge en el tramo final del trabajo (capítulos 23-25). Es aquí donde el investigador se propone resolver aspectos concretos como las influencias recibidas de otros autores, así como las etapas de producción y clasificación de su obra en movimientos y géneros literarios. Antes de nada, conviene anotar que se observa aquí una instancia valiosa de una toma de postura personal. Muñoz de Morales Galiana propone una clasificación propia de la novelística de Fernández y González en cuatro etapas: la primera (1840-1856) dedicada al cultivo de novelas legendarias; la segunda (1856-1863), caracterizada por una mayor libertad creativa en el que se dan la mano aspectos fantásticos y costumbristas; la tercera (1863-1883), que ahonda en una faceta populista, en torno al crimen y la marginalidad; y la cuarta (1883-1889), en el que se explora una literatura de temática flamenca, que yo más bien calificaría de exotismo romaní (p. 216). La clasificación aquí expuesta es perfectamente lícita y probablemente operativa para futuros investigadores, por más que, personalmente, no me parezcan suficientemente sistémicos ni claros los mimbres de géneros manejados ni me convenzan del todo discontinuidades de este tipo.

Mi reserva hacia esta clase de enfoques de carácter tradicional, especialmente el estudio de influencias, procede de que no estoy muy seguro de que convengan al propósito de relegitimación de los autores españoles del XIX. Precisamente parte del reto que tenemos los especialistas del área procede de la necesidad de sacudirnos de encima las construcciones culturales, que producidas desde fuera, han limitado la comprensión de nuestra literatura, motejada largo tiempo como inadaptada y subsidiaria, cuando no inferior o derivativa. Si como argüía Audre Lorde, «las herramientas del amo nunca desmantelarán su casa», difícilmente un trazado de influencias, de periodificación hegemónica o de clasificación genérica asistémica podrá servir para revalorizar escritores como Manuel Fernández y González, al menos sin que medie una problematización del lugar de enunciación de tales herramientas y su vigencia en marcos teóricos vigentes.

A mi juicio, la aproximación que conviene a una reconsideración de campo procede de una reapreciación de la diferencia, no tanto de la capacidad de determinados autores y obras para encajar en domesticados casilleros preestablecidos. Mucho más interesante que establecer una genealogía de influencias (Alexandre Dumas, Walter Scott, Lord Byron, José de Espronceda, José de Zorrilla) resulta la exploración del espacio propio que el novelista sevillano aspiró a construir en las coordenadas de un proyecto de construcción de una literatura nacional no subalternizado y de carácter abiertamente individual. Mucho más rico es ver el modo con el que problematiza el horizonte de expectativas de la novela histórica heredada de Escocia y Francia desde un ángulo de la diferencia nacional, que limitarse a explorar si algunas de sus obras encajan o no en el rubro de novela

histórica. Mucho más reveladora es la imposibilidad para ubicar al novelista en parámetros como el romanticismo y el realismo europeo (siempre con la definición exógena en mente, claro está), que la forzada adscripción de tal o cual obra a uno u otro movimiento. Es precisamente cuanto escapa a las inercias clasificatorias, cuanto prohíbe casi cualquier pretensión domesticadora, lo que, a mi forma de ver, hace de un escritor como Fernández y González un autor fascinante y un territorio fértil para comprender las complicadas dinámicas creativas del XIX español.

En suma, *El resucitador de la novela española* cumple con creces cuanto anuncia como proyecto desde el principio. Asienta con firmeza un nuevo estándar de rigor para cualquier acercamiento serio a la obra de Manuel Fernández y González. Fija con claridad y con una capacidad de síntesis admirable referentes cronológicos y obras concretas. Al mismo tiempo, aun sin hacer énfasis en ello, ayuda a reivindicar la idiosincrática singularidad de autores tradicionalmente vinculados a la literatura de folletín. Es precisamente en ese espacio de hibridez, eclecticismo, historicismo libertario y extravagancia, que la producción de Manuel Fernández y González resulta todavía sugestiva a nuevas indagaciones. A partir del hito construido por este trabajo, gracias a la admirable labor de Javier Muñoz de Morales Galiana se aventura un horizonte promisorio para la reconsideración de autores singulares como el novelista sevillano. Y por ello, debemos sentirnos enormemente agradecidos.

Juan Jesús PAYÁN MARTÍN
<https://orcid.org/0000-0002-2297-0361>